SADE: EL IMPERIO DE LAS PASIONES

Roberto García Jurado*

Hace algún tiempo tuve acceso a un volumen de los grabados que ilustraron la edición original de *La nueva Justine, o las desdichas de la virtud, seguida de La historia de Julieta, su hermana*, publicada en 1797. Las imágenes fueron diseñadas a partir de las escenas eróticas en cuya descripción Sade se deleita durante toda la narración. No obstante, si en la novela muchos de esos pasajes provocan escozor, repugnancia o terror, los grabados sólo parecen describir situaciones grotescas. La razón de ello no creo que pueda ser la impericia del grabador, pues si se cotejan las imágenes con el relato, podrá observarse cómo aquéllas se apegan a éste hasta en los más ínfimos detalles. ¿Dónde encontrar la diferencia entonces?

Los suplicios a los que los personajes sádicos sometían a sus víctimas pueden quedar muy devaluados si se prescinde de las exclamaciones de júbilo o éxtasis y las de dolor o súplica de unos y otras. Más todavía, cometer un acto perverso o criminal es algo relativamente sencillo y común, pero algo muy distinto, que incluso cambia su sentido, es justificarlo mediante una serie de digresiones filosóficas y sociológicas, tal como lo hace Sade, lo que interpone una enorme distancia entre la imagen plástica y la literaria.

Ésa es la particularidad de Sade; darle voz y palabra a la lubricidad y al deseo; hacer coincidir la gesticulación y la reflexión del éxtasis; describir la voluptuosidad que el cuerpo transmite al pensamiento.

Por ese motivo ocupa un lugar privilegiado entre los libertinos, pues es de sobra conocido que no fue el primero en referir orgías tumultuosas y báquicas; perversiones de jovencitas; placeres sexuales obtenidos me-

31

* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

Roberto García Jurado

diante el tormento físico aplicado a otra persona o la descripción de múltiples formas de realizar la cópula, temas de los cuales tenemos ejemplos destacados en Bocaccio, Margarita de Navarra y Aretino. Sin embargo, nunca antes se había intentado justificar y legitimar el libertinaje, ni provocar la repulsa y el horror públicos ante el espectáculo de perversiones torturantes.

Más aún, mediante su obra cambia el significado del propio libertinaje, pues si antes era sólo un desenfreno de la conducta sexual, una afición desproporcionada por los placeres de la carne, ahora, además de su contenido habitual, designa no sólo una conducta, sino también una concepción distinta del mundo, la sociedad y el individuo. El libertino ya no es ese elemento social que se sabe distinto y reconoce su separación de la comunidad, el nuevo libertino sabe que es diferente pero no reconoce la validez o aceptabilidad de su opuesto, no reconoce su propia marginalidad.

Así, la conciencia libertina se sabe diferente; contrapuesta a la conciencia común, no sólo es particular en tanto miembro de la generalidad, sino es peculiar, especial.

32 La conciencia libertina

Cuando alguien comete una falta a sabiendas de que es algo prohibido por la sociedad, por lo cual se siente culpable al incurrir en ella, hace suyo el fundamento ético que justifica la restricción del caso. Sin embargo, consciente de ello, incurrió en la falta y muy probablemente lo hará otras veces, contraviniendo la ley o el código ético aceptado, de donde se concluye que estos mecanismos normativos no han sido lo suficientemente firmes como para instituir una autocensura en el individuo. Existe otra posibilidad: que la comisión de un delito no esté acompañada del sentimiento de culpa del caso anterior. En tal situación, el delincuente se siente capaz de justificar su actitud y considerarla legítima. En esta versión se aprecia no sólo un distanciamiento entre los factores de cohesión de la comunidad y el individuo, sino se observa una total ruptura y diferenciación. Este segundo caso es el de la conciencia libertina.

¿De qué manera se justifica la actitud del libertino sádico? Son varios los medios que se utilizan con tal finalidad; el primero que salta a la vista

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

es el de la impotencia humana ante los designios de la naturaleza; después el de la conciencia racional y por último el de la retórica, entendida a la manera de Gorgias.

Para ilustrar la primera modalidad debe considerarse que, para el libertino, la conciencia humana tiene dos niveles: el primero de ellos es el de una conciencia moral, construida y soportada por la tradición y la costumbre, censora de la actividad y del mismo pensamiento, al que jamás abandona, pues está construida de tal manera que aparenta ser su origen, instrumento y fin. Sin embargo, es susceptible de superación: se le puede suprimir y liquidar: "...esta conciencia no es obra sino del prejuicio engendrado por la educación, de tal modo que cuando prohíbe al niño le causa remordimientos que el niño conserva hasta que el prejuicio vencido le haya demostrado que no había ningún mal en la cosa prohibida."¹

La conciencia moral no sólo puede ser superada y destruida, sino que además es completamente inútil, pues siendo contraria y enemiga de la naturaleza, de los impulsos que ésta inserta en el hombre, tarde o temprano sucumbe ante ellos. El orden natural impide el orden ético, lo sepulta bajo sus requerimientos funcionales; desaparece la conexión entre voluntad humana y finalidad social, todo queda reducido al impenetrable curso natural: "Determinadas disposiciones de nuestros órganos, el fluido nervioso más o menos irritado por la naturaleza de los átomos que respiramos...por la cantidad y calidad de partículas nitrogenadas contenidas en nuestros alimentos, por el curso de los humores y por mil otras causas externas, son los que inducen al hombre al crimen o a la virtud, y en ocasiones en el mismo día a una y a otra."²

De este modo, no sólo el clima, los instintos o los apetitos determinan el curso de la actividad humana, sino también el alimento que se consume o el aire que se respira, esto es, la materia inanimada transmite animación y contenido. Así, desaparecen las fronteras entre lo orgánico y lo inorgánico, entre los objetos y los sujetos; ahora todo forma parte de un orden cosmológico mecánico y continuo, el cual posee una densidad comprensiva y una trayectoria inalterable.

La conciencia moral ha quedado borrada en favor de una conciencia reflejo, un intelecto humano que únicamente tiene permitido conven-

¹ Sade, *Historia de Julieta*, 1980, México, Juan Pablos, p. 15.

² *Ibid.*, p. 17.

Roberto García Jurado

cerse de que es objeto de fuerzas superiores a la suya, a las que, desde luego, no puede controlar, y ante las que es tan impotente que ni siquiera puede modular los impulsos naturales que emanan de su propio organismo, esto es, sin que su voluntad intervenga en su inspiración o conducción.

Puesto que el hombre no puede conocer y mucho menos impedir los designios de la naturaleza, es insensato culparlo de sus actos; no los gobierna, obedecen a motivos fuera de su control. El libertino resulta entonces tan inocente o disculpado de sus apetitos como el hombre más piadoso: la única diferencia entre ambos radica en que tienen diferentes gustos y aficiones, satisfechos con medios y objetos también distintos.

Ésta es la manera "naturalista" a través de la cual se justifican las ideas y perversiones de los libertinos; nada daña a la naturaleza puesto que es imposible actuar contra ella: la sodomía, el asesinato, la tortura, en fin, todo tipo de supuesta destrucción no es más que generación infinita, punto intermedio en un ciclo natural ajeno a las nociones de vida o muerte. Lo que hoy son cuerpos mañana serán gusanos, luego serán flores; nada hay de horrendo en ello. La naturaleza no necesita del hombre más que de los otros animales, como algunos piensan, pues es tan perfecta que en el momento que necesite de ellos podrá generarlos a su antojo y en la medida que los requiera, por lo tanto, el sádico puede asesinar impunemente, esto no perjudica a la naturaleza y ella misma impulsa esa conducta.

34

El materialismo mecanicista de la filosofía de las luces dotó de todos estos argumentos e ideas al sadismo. Hollbach y La Mettrie son sus inspiradores y guías, de ahí es de donde nace la concepción que parece privar de voluntad a los hombres, sometiéndolos a una dinámica natural y necesaria que los obliga a actuar de una u otra manera, siempre imprevisible e irregulable. Mediante esta doctrina se arrebató incluso lo máspreciado para el libertino: sus pasiones. No le pertenecen, no puede ufanarse de poseerlas porque la naturaleza misma se las ha inyectado y, por lo tanto, sólo es un accidente que él las posea y los otros no.

Las proposiciones materialistas son las que aparecen con mayor claridad en las reflexiones del sadismo, lo que ha permitido identificarlo como un producto auténtico de la filosofía de las luces, al menos en su versión mecanicista. Sin embargo, sus extensas argumentaciones están sazonadas con llamativos pasajes contradictorios, en los cuales reaparece una voluntad humana que se muestra independiente del sistema mecánico

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

de la naturaleza; puede contravenirlo, incluso burlarlo: "Cambiamos a cada momento de papel, unas veces éramos las esposas que reciben al marido y otras veces las esposas mismas, y así, engañando a la naturaleza, pasamos un día entero coronando con las voluptuosidades más dulces los ultrajes que cometimos con ella".³

Si el libertino puede engañar y ultrajar a la naturaleza queda claro que posee una voluntad autónoma, capaz de apartarse del sentido y dirección que ésta le impone. Así como Sade se empeña en construir y proponer un sistema filosófico que soporte los excesos del libertinaje, igualmente lo invalida, pues termina negándolo y acepta que es posible actuar no sólo al margen de la naturaleza, sino también muy a su pesar. Su voluntad de destrucción ya no se traduce directamente en generación y regeneración interminable, sino que ahora, imponiéndole un sentido propio, puede aniquilar y destruir irreparablemente.

Al retomar el control de su voluntad, el libertino recobra también su calidad culpable y reprensible, la cual necesita nuevamente ser justificada: ¿cómo hacerlo?

Aparece entonces la segunda forma de justificación: la conciencia racional. Su primer cometido es suprimir o sojuzgar a la conciencia moral, pues no basta que los propios impulsos naturales la avasallen; es preciso que sea también destruida por medio de un ejercicio racional. Para hacer esto debe erigirse en una conciencia objetiva, capaz de distinguir lo real de lo ficticio, pues de otra manera no podría combatir la superstición de la conciencia moral: "El primer efecto de esta razón es, tú sientes una diferencia esencial entre la apariencia del objeto y el objeto real. Las percepciones representativas de un objeto son de diferentes clases. Si nos muestran los objetos como ausentes y como habiendo estado anteriormente presentes, se trata de lo que llamamos memoria, recuerdo. Si nos presentan los objetos sin advertirnos de su ausencia, se trata de lo que denominamos imaginación, y esta imaginación es la verdadera causa de los errores."⁴

Con esto queda tendido un puente directo y confiable entre conciencia y realidad, que debe afirmarse permitiendo una doble circulación de

35

³ *Ibid.*, p. 11.

⁴ *Ibid.*, p. 35

Roberto García Jurado

ideas: las que corresponden directamente a la realidad, y las que corresponden a la imaginación, por tanto, irreales.

El ejercicio racional posibilita la correcta ubicación y valoración de la realidad, pero al mismo tiempo dota al individuo de parámetros de actuación. Por medio de la razón no sólo se abstrae, sino también se sustenta la acción y el juicio, permitiendo construir o destruir, aprobar o reprobar.

En el plano de las instituciones sociales el ejercicio racional de los personajes libertinos les permite distinguir que todas ellas han sido creadas por convención, costumbre o idolatría. Las que han sido creadas por la convención han estado inspiradas en la voluntad de un tirano, de un grupo de privilegiados o de una turba intempestiva. De estas tres posibilidades, ninguna garantiza que la convención favorezca a todos los miembros de la sociedad, motivo por el cual quienes han sido perjudicados podrán contravenirla cuando lo consideren necesario. Las creadas por la costumbre son puramente artificiales, pues cambian de tiempo en tiempo y de un lugar a otro, por lo tanto son más endebles y susceptibles de transformación que las anteriores. Las otras, creadas por idolatría y por los dogmas religiosos que de ahí nacen, son producto de la superstición y la ignorancia de los pueblos, no resisten el más mínimo cuestionamiento, se sostienen en la fe y no en el entendimiento, en la ceguera y no en la observación.

36

Ahora bien, ya que se ha usado la conciencia racional para cuestionar las instituciones sociales, ¿cómo podrá usarse para no solamente destruir instituciones sino guiar y dirigir la conducta humana? En este punto es conveniente preguntarse por el significado de la razón para el sadismo, y este pasaje resulta bastante apropiado: "¿Qué es la razón? Es la facultad que me ha dado la naturaleza para aceptar un objeto y huir de otro en función del placer o dolor que de ellos puedo recibir."⁵ Reveladora definición, pues la razón conduce al hombre por el camino de la vida que le otorgue más placer; no observa entonces otras consideraciones que las que nacen de los sentidos, lo que resuelve el problema de la contradicción entre ambas instancias, entre el equilibrio y el exceso: ahora ninguna desproporción, perversión o desmesura tendrá lugar, no adquirirá estatuto irracional, puesto que la razón podrá recorrer toda la escala del placer sin que pierda su categoría.

⁵ *Ibid*, p. 34.

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

Debido a que los razonamientos del libertino le impulsan a privilegiar su pasión por sobre todas las cosas, llegando a un desenfreno que la sociedad no puede ver más que como maldad intencional, el razonamiento, el conocimiento y la filosofía que sustentan esa actitud no pueden identificarse más que con la malignidad congénita y la perversión de la conducta humana.

El libertino sádico utiliza su razón para aleccionar, instruir y educar, lo hace a sabiendas de que esto conduce a la maldad, pues para él el conocimiento no puede tener otro fin.

La filosofía es patrimonio de los libertinos sádicos, ellos son conscientes de esto y también de que una filosofía que sustente el bien, la virtud, no sólo es falsa sino imposible. El raciocinio, la reflexión y el conocimiento conducen unívocamente a la maldad libertina.

Sin embargo, Sade no es capaz de mantener siempre unidas la razón y la pasión, hay pasajes donde se oponen claramente y la primera es forzada a cometer y justificar excesos: "Si la fría razón nos aleja un momento de esa perversidad, la mano de las voluptuosidades nos lleva a ella, y no podemos abandonarla."⁶ Bataille ubica aquí la contradicción fundamental e irresoluble del sadismo; desear conservar la claridad de conciencia hasta en los furores del frenesí y hacer que éste sea aceptado en el reino de la razón, convertirlo en razonable.⁷ Si el delirio sexual perturba la percepción de los sentidos y aniquila la conciencia razonable, hay que llegar a introducirlo en el reino de lo racional y lograr que se anule la mutua exclusión; es necesario llegar a fundirlos. De este modo el delirio pasa de excitar los sentidos a la excitación de la conciencia, y el disfrute y satisfacción de los sentidos dejarán de ser desenfrenados e intempestivos para convertirse en un ejercicio metódico y ordenado. De ahí que la repetición y reiteración del acto libertino sea, más que un acto sensual, un acto racional. No obstante, Sade es consciente de la imposibilidad de esta coincidencia, de los impedimentos que existen al tratar de establecer esa fusión.

En el pasaje citado resurge la oposición entre conciencia y pasión; razón y sentidos. Si en la mayor parte de su obra Sade se ocupa de intentar unir el razonamiento y la sensibilidad, no es menos claro que igualmente

37

⁶ *Ibid.*, p. 14.

⁷ Cf. Bataille, George, *La literatura y el mal*, 1987, Madrid, Taurus.

Roberto García Jurado

resalta la imposibilidad de lograrlo y llega a convencerse de que no hay tal fusión: la razón sádica se torna así en una actitud sustentada por una pasión intensa, esto es, sólo revestida de una superficie racional.

Si no ha sido posible reconciliar la razón y la pasión de manera que ninguna domine a la otra y se expulsen alternativamente del centro de la motilidad, no hay otra opción que volver al esquema original, pero ahora el relevo es sustituido por un dominio continuo de la pasión sobre la razón.

Como puede observarse, la razón perversa no es el instrumento para conducir la actividad del individuo, pues aunque intenta hacerlo, inexorablemente queda supeditada a la potencia de las pasiones.

Ni el materialismo mecanicista ni la conciencia racional han podido sustentar la legitimidad de la perversión sádica, pues aunque Sade se mostró muy prolijo en las reflexiones que debían dar validez a uno y otro recurso, igualmente se ocupó en desintegrar y derribar ambos aparatos conceptuales, desamparando nuevamente al libertinaje. De este modo, la perversión queda sin nada que la legitime frente a la sociedad, lo que provoca que el libertino se vea una vez más sin mayor justificación que la intensidad de sus pasiones.

38 Queda finalmente el tercer recurso de legitimación, el menos denotado por los críticos del Marqués y el cual, a diferencia de los primeros, no está formulado explícitamente.

Después de exponer los razonamientos del Duque de Blanguis, uno de los cuatro libertinos de *Las 120 jornadas de Sodoma*, Sade dice de él: "Mediante razonamientos de esta especie el duque legitimaba todos sus defectos, y como tenía todo el ingenio posible, sus argumentos parecían decisivos. Amoldando, pues, su conducta a su filosofía, el duque, desde su más tierna juventud, se había abandonado sin freno a los extravíos más vergonzosos y más extraordinarios."⁸

Aquí es donde se encuentra la clave de la dificultad para identificar, ordenar y comunicar un sistema filosófico del Marqués. En sus obras se utiliza la filosofía, la política, la historia, la física, etc., para legitimar vicios y perversiones. Los libertinos no profesan un apego a ningún sistema filosófico, se sirven de ellos de la manera y en el momento que más les convenga. Por este motivo se encuentran tantos pasajes contradictorios

⁸ Sade, *Las 120 Jornadas de Sodoma*, 1978, Madrid, Akal.

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

y confusos, pues su ideal no es el de construir un esquema rigurosamente lógico, sino un andamiaje verbal que perturbe y obnuble la conciencia de la víctima y del lector, que se extienda como una telaraña formando una trampa difícil de evadir.

En este sentido podría decirse que Sade es un sofista: mediante argucias, retrueques, argumentos falsos o conclusiones infundadas pretende justificar la intensidad de la pasión y arrastrar a sus víctimas hasta la confusión, tal como lo hacía el padre de Eugenia de Franval: "El ardiente Franval, quien, de acuerdo con su carácter, se había armado de tanta delicadeza para seducir con más fineza, pronto aprovechó la credulidad de su hija, y con todos los obstáculos puestos de lado, tanto por los principios que había nutrido a esa alma abierta a todo tipo de imprecisiones, como por el arte con el que la había cautivado en el último momento, completó su pérfida conquista, e impunemente destruyó la virginidad que por naturaleza y derecho, era su responsabilidad defender."⁹

Si no hay filosofía, moral o fuerza natural capaz de disculpar las inclinaciones del libertino, éste pareciera quedar sin legitimación alguna, pero, y es pertinente conceder atención a esto, la retórica misma es justificación, pues, utilizada a la manera de los sofistas, sirve no para encontrar los argumentos más útiles en la demostración de una tesis, sino los recursos discursivos más eficaces para convencer e instaurar la opinión propia por sobre las demás, sin que importe mucho si ésta se nutre o no de la verdad.

La conclusión que de lo expuesto se extrae es que el Marqués estaba consciente de las limitaciones del materialismo mecanicista, del racionalismo como acto de fe y de la imposibilidad de hacer coincidir simultáneamente la razón y la pasión en el centro de la motilidad humana. Pero estaba consciente también de que el hombre capaz de legitimar sus actos frente a los demás tenía todo el derecho de reiterarlos, aún si esta legitimación se consiguiera más por la incapacidad de la sociedad para refutarla que por su aceptación complaciente.

La tercera fuente de legitimación sádica expuesta, que aparece como la primera en importancia en el momento de justificar la perversión libertina, es la que menos espacio ocupa en las novelas de Sade y a la que explícitamente se le confiere menor importancia. No obstante, es la

39

⁹ Sade, *Eugenia de Franval: Historia trágica*, 1969, Buenos Aires, Quintaria, p. 24.

Roberto García Jurado

decisiva, aunque para percatarse de ello sea necesario primero aplicar estrictamente las proposiciones y reflexiones de los dos primeros recursos expuestos, llevarlos al extremo para así mostrar sus limitaciones.

El contrato social

La corte de Luis XV se caracterizó por un libertinaje público y espectacular. La influencia ejercida por su favorita, madame Pompadour, en todos los asuntos del gobierno francés, fue condenada y detestada. Pero las aventuras galantes no fueron exclusivas de la corte de este rey, pues antes y después se dieron ejemplos igualmente memorables. Lo especial en la corte de Luis XV fue el exagerado libertinaje y la influencia perniciosa de su amante.

En el siglo XVIII las aventuras amorosas de príncipes, duques, condes y marqueses eran un alimento común de las conversaciones en las tertulias nobles y plebeyas. La misma literatura del período eligió este tema como su preferido, y pronto las aventuras galantes de algunos personajes se volvieron legendarias, como las del Conde de Valmont o las del mismo Giacomo Casanova.

40

Pero éste es un libertinaje público, aceptado, y, de alguna manera, grato a la sociedad. La corte o el pueblo llano se complacía al observar el acecho a la virtud de una jovencita o una gran dama, siendo muchas veces recompensados con el espectáculo de la seducción y caída.

El Marqués de Sade hereda algunos rasgos de este tipo de literatura y de sus temas recurrentes, pero les da un giro brusco y sólido: el libertinaje pasa de la esfera social a la privada, deja de formar parte de la celebración pública y se circunscribe a un ámbito privado, subterráneo, oculto.

El claustro, el encierro, la mazmorra, son elementos imprescindibles de la literatura sadiana. Los libertinos se ocupan muy bien de practicar sus fechorías en sitios alejados de la luz y el bullicio, con lo que no sólo se sustraen del ambiente común, sino que convierten su sitio en uno totalmente diferenciado del exterior. En él cambian todas las normas y leyes sociales; se suprime todo lo que se asemeje a una convención social, pues ahora impera una tiranía libertina, con un código de leyes y preceptos

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

que, tal como lo plantea Didier, hace pensar en un Estado dentro de otro Estado.¹⁰

Dentro del palacio, sótano o calabozo se ordena una sociedad nueva, una sociedad secreta, formada por libertinos que llevan una doble vida, pues en el exterior son ciudadanos respetables, cubiertos de distinciones honoríficas; son altos financieros, distinguidos nobles o influyentes prelados. Sus inclinaciones perversas no dañan su posición social porque no trascienden el estrecho recinto donde se manifiestan. Muy probablemente sea sólo en *Alina* y *Valcour* donde los hábitos depravados de los libertinos son conocidos más allá de los límites de su estrecha sociedad.

Más tarde, este tipo de asociaciones clandestinas fueron el fundamento de novelas como *La historia de O*, donde se da una mezcla por demás inquietante de elementos sádicos con algunos ingredientes kafkianos. Pero en esta historia, la sociedad secreta es una especie de sustrato social, una especie de red que extensiva, territorialmente, abarca toda la sociedad, sin saber nunca si la persona que cruza por la calle, el chofer del taxi o el amigo entrañable forma o no parte de ésta. Las víctimas sádicas, en contraste, se liberan si logran trasponer el encierro al que se hallan sometidas, una vez fuera pueden dejar de temer, a menos que caigan nuevamente en los embustes de libertinos inconfesos, quienes valiéndose de mil engaños las reintegren a su coto de dominio.

Barthes alude a esta microsociedad sadiana concibiéndola como una agrupación altamente diversificada y estratificada, donde coexisten al menos "5 clases sociales".¹¹ Su aserto está fundado en el análisis de *Las 120 jornadas de Sodoma*, pero es difícil encontrar su reproducción en otras obras. Es mucho más apropiado distinguir sólo dos tipos de individuos: los libertinos y las víctimas.

Este esquema no hace sino reproducir el sistema de la sociedad exterior, donde existen señores y sirvientes; amos y esclavos. A diferencia de aquél, no se disfraza con una máscara igualitaria; reconoce que siendo los hombres naturalmente diferentes es un contrasentido igualarlos mediante la ley. Debido precisamente a que esta igualación es superficial, tarde o temprano resurge dentro de la sociedad la diferencia entre

41

¹⁰ Cf. Didier, Beatrice, *Sade*, 1987, México, FCE.

¹¹ Cf. Barthes, Roland. "El árbol del crimen" en *El pensamiento de Sade*, v.a., 1969, Buenos Aires, Paidós.

Roberto García Jurado

individuos, todos intentando imponerse sobre los demás, de donde nuevamente nace la primacía del fuerte sobre el débil. El egoísmo es esencial en el individuo, no se elimina sencillamente con la simple convivencia humana o la instauración de leyes igualitarias: "Todos los hombres han nacido aislados, envidiosos, crueles y déspotas; deseando tenerlo todo y no dar nada luchan incesantemente para mantener sus ambiciones o sus derechos. El legislador llega y dice 'dejad de luchar así, cediendo un poco cada uno la tranquilidad renacerá'. No tengo nada contra este punto, pero sostengo que dos clases de hombres no debieron haberse sometido a él: los que se mantienen los más fuertes y no tienen necesidad de ceder nada para ser felices, y los que por ser los más débiles se encontraban con que tenían que ceder infinitamente más que lo que se les había asegurado."¹²

El egoísmo es el fundamento del hombre, su comportamiento natural; la asociación humana busca restarle fuerza para imponer un espíritu comunitario, a costa de ceder en las aspiraciones individuales. Lo que Sade proclama es que nunca se liquida ese impulso natural. El egoísmo resurge interminablemente manifestándose en una oposición eterna entre el interés particular y el interés general: aquellos que se guían por el primero tenderán a inclinarse hacia el vicio, serán viciosos, y los que se guían por el segundo serán virtuosos.

La virtud o el vicio que se aprecia en los hombres corresponde a su disposición para sacrificar o privilegiar su disfrute personal en el medio social. Esta temprana formulación de un malestar en la cultura es solucionada por el surgimiento del sadismo, el cual se explica socialmente por la imborrable desigualdad de los hombres y su eterna persistencia.

En la microsociedad sadiana el libertino no busca convencer o persuadir a sus víctimas, pues éstas se hallan en un estado de dependencia que no les permite elegir; las reflexiones sádicas se dirigen más bien al lector o al mismo protagonista. Al lector porque no bastando el placer que el libertino obtiene de los sentidos, quiere extraer más de la repulsa y el temor que se manifiestan en aquél; confirma así su imperio sobre el cuerpo de la víctima y el alma de los lectores. Al protagonista porque además de la satisfacción carnal se deleita también con la que le brinda saberse dueño de la palabra, la reflexión y el pensamiento.

¹² Sade, *Justine o las desventuras de la virtud*, 1976, México, Juan Pablos, p. 59.

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

El sadismo implica relaciones de dominio absoluto, no sólo de la imposición de un individuo sobre otro, sino de su afirmación sobre toda la sociedad. Por este motivo el libertino no puede reconocer un individuo con su mismo estatuto, solamente acepta su asociación con otros libertinos en tanto ésta le permite realizar mejor sus fines particulares.

El egoísmo que se encuentra en el fondo del sadismo hace imposible su formulación utópica, al menos a la manera en que se encuentra en *La historia de Julieta* y *La filosofía en el tocador*. En estas obras se propone una sociedad armoniosa, fundada en las antípodas del antiguo régimen, pues debe asegurar la comunidad de mujeres para con los hombres, la desintegración de la familia, la adopción y educación pública de los niños y la comunidad de las riquezas.

No obstante, esta sociedad utópica pretende ofrecer la felicidad a todos los hombres, algo contrario al sadismo, que no sólo busca la propia antes que la ajena, sino que la obtiene mediante la infelicidad generalizada. De ahí que Klossowski explique la manera en la que el libertino se serviría del nuevo orden social: "Instituid la comunidad de las mujeres para los hombres y de éstos para las mujeres, pero que sea para llenar los palacios públicos de la prostitución nacional. ¿Y la comunidad de los niños? Desde luego, para hacerlos más accesibles a la sodomía. ¿La supresión de la familia? Ciertamente, pero que una excepción confirme la regla: el incesto. ¿La comunidad de las riquezas? Para el robo..."¹³

43

El libertino sería feliz en la sociedad utópica si toda mujer fuese su víctima, todo niño su Ganimedes, su madre y hermana sus amantes y toda riqueza susceptible de apropiación. No obstante, a pesar de la singular interpretación que el sadismo podría dar a la sociedad utópica, tampoco en ésta quedarían satisfechas sus aspiraciones, pues dado que su carácter está fundado en la comisión de crímenes y la transgresión de las leyes en general, el cambio de unas leyes por otras no hace sino trasladar la contradicción, cambiar unos delitos por otros.

Una sociedad utópica libertina más coherente es la que se describe en *Alina y Valcour*: ubica en el ficticio país africano de Butúa un régimen autocrático y falocrático, donde el rey dispone de mujeres agrupadas en estamentos, cada uno destinado a cumplir una función dentro del reino:

¹³ Klossowski, Pierre, *Sade, mi prójimo*, 1970, Buenos Aires, Sudamericana, p. 65.

Roberto García Jurado

uno se encarga de las labores domésticas; otro de la custodia del palacio; otro de ofrecerse en los sacrificios; y el restante de complacer al rey.

No cabe duda de que se trata de una utopía muy especial, pues no busca la felicidad de los hombres sino la de uno solo, no se da un verdadero ideal social, lo que se aprecia es la formulación del sueño egoísta más absoluto.

Sin embargo, más allá de la utopía, el sadismo puede sobrevivir perfectamente en el antiguo o en el nuevo régimen, prescinde de toda convención social puesto que ninguna respeta, persuade a los demás de seguir su comportamiento no por filantropía ni para guiarlos al bienestar, sino para ser auxiliado en la satisfacción de sus pasiones por cómplices útiles.

El terror y la piedad

44

Es pertinente dividir la obra de Sade en dos grandes grupos. El primero, que incluye las historias de *Julieta y Justine*; *Las 120 jornadas de Sodoma*; *Alina y Valcour*; *La Filosofía en el tocador* y otros cuentos y relatos breves. En este grupo puede apreciarse lo que se ha denominado sadismo puro; esto es, el protagonismo de seres depravados y pervertidos que gozan martirizando y torturando a sus víctimas y emprenden digresiones filosóficas que justifican su comportamiento. El segundo grupo estaría constituido por obras como *La Marquesa de Gange*; *Eugenia de Franval*; *La Historia secreta de Isabel de Baviera, Reina de Francia*; *Oxiterm o las desdichas del libertinaje*; y *Florville y Curval*. Aquí desaparece la que se considera la característica del sadismo, pero se puede distinguir un rasgo más profundo: un ataque a las conciencias más sutil, menos escandaloso.

Florville y Curval está precedido de un pequeño ensayo, *Reflexiones sobre la novela*, donde Sade expone el efecto que persigue al narrar las innumerables desventuras a las que somete a una parte de sus personajes. Explica que es necesario hacer fracasar la virtud y proponer el triunfo del vicio, pues esto "...debe hacernos ver al hombre no sólo como lo que es, o como pretende ser -ésta es la misión del historiador- sino como es capaz de ser cuando es víctima de las influencias modificadoras del vicio y del impacto de la pasión".¹⁴

¹⁴ Sade, *Los crímenes del amor*, 1969, Buenos Aires, Quintaria, p. 24.

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

El temor y la compasión, que de acuerdo con Aristóteles debían provocar las historias trágicas en el espíritu del espectador para producir un efecto catártico purificador, son sustituidos en Sade por el terror y la piedad, medio por el cual se pretende exaltar en el público la aversión al vicio: "Nunca, lo repito nuevamente, nunca describiré el pecado sino con los colores del infierno. Quiero que la gente vea el pecado al desnudo, quiero que le tema y lo deteste, no conozco otra forma de lograrlo, a no ser pintándolo en todo su horror."¹⁵

Considerando estas afirmaciones, puede lograrse una comprensión más amplia del pensamiento de Sade, y de aceptarse las razones expuestas, podría pensarse incluso que el sadismo está planteado para conseguir su propio rechazo, la repulsa del público. En una carta fechada el 26 de marzo de 1783 Sade justifica una de sus obras, probablemente la *Historia de Julieta*, mediante estos dos argumentos:

1. Que no es de ningún modo necesario que, en el desenlace, el vicio sea castigado y la virtud recompensada. Éste es un viejo error, que voy a demostrar tanto a través de Aristóteles, como de Horacio, de Boileau, y de veinte comedias de Moliere, que es nuestro modelo para todos.

2. Que la viciosa es una mujer, y que seguramente, si hubiera castigado a esa mujer mi pieza sería detestable. Pero aunque resulta impune, ¿quién querría parecersele? Luego, éste es el arte, el cual consiste no en castigar al vicioso en la comedia, sino en pintarlo de tal modo que nadie quisiera parecersele, y así, no hay necesidad de castigarlo. Su condena se pronuncia calladamente en el alma de todos los espectadores.¹⁶

45

No fue nunca otra la finalidad del Marqués: hacer fracasar la virtud y triunfar al vicio. La mayor parte de sus obras están concebidas con esa estructura, exceptuadas *Eugenia de Franval*; *La Marquesa de Gange*; y *Oxiterm o las desdichas del libertinaje*, donde el Marqués, muy probablemente presionado por el juicio público y deseoso en ese momento de que su obra fuera aceptada, cambió los desenlaces, haciendo

¹⁵ *Ibid.*, p. 37.

¹⁶ Sade, *Correspondencia*, p. 199.

Roberto García Jurado

que en la primera los malvados se arrepintieran y en las dos siguientes, que recibieran el castigo correspondiente a sus barbaridades. No obstante, hay suficientes elementos como para pensar que esos finales son forzados y contrarían la estructura original de las obras, pues basta ejemplificar con el caso de *Oxitem*, la cual es una obra de teatro cuyo tema está tomado de *Ernestine*, una novela corta donde Sade hace triunfar el vicio sobre la virtud, pero invierte los términos al dramatizarla para que no fuese censurada y pudiera representarse por La Comedia Francesa.

Independientemente de hurgar en las implicaciones filosóficas que hay en el fondo del sadismo, la argumentación parece válida. El público debe reprobar y aborrecer a Julieta mientras compadece y siente piedad por Justine. Los héroes de la virtud padecen en la novela pero triunfan en el alma de los lectores. Bajo esta consideración Sade inscribe su obra dentro de la tradición francesa, exaltando las cualidades de las heroínas de la virtud, tal cual lo hicieron La Fayette en *La Princesa de Clèves*, Prévost en *Manon Lescaut* o Laclos en *Las amistades peligrosas*.

46 La predilección que el Marqués sentía por los personajes femeninos es comprendida y ejemplificada por Mishima en su obra *La Marquesa de Sade*. Ahí se plantea el efecto logrado por el sadismo cuando la Marquesa dice: "No hay alternativa. Si mi marido es un monstruo de inmoralidad, yo tengo que ser un monstruo de devoción."¹⁷ Renée, la Marquesa, se siente Justine, ella ha comprendido que la inmensidad del mal y el vicio de su marido no puede autorreproducirse y necesita imperiosamente de la virtud más incondicional y ciega.

Las heroínas de la virtud sufren terribles castigos físicos; el escarnio más indigno y el espectáculo de contemplar seres dichosos en el vicio y la impiedad. Incluso Sade considera infalible la fórmula y aconseja a los escritores jóvenes: "Cuando queráis inspirar un sentimiento de piedad en vuestro público, tened la valentía de asaltar, aunque sea por un momento, lo que es más hermoso arriba en el cielo o abajo en la tierra, y veréis las lágrimas que vuestro sacrilegio provocará."¹⁸

Para ilustrar esto basta pensar en Florville, quien después de pasar una vida llena de tormentos parece encontrar la felicidad y tranquilidad en su matrimonio con Curval, un hombre maduro que le ofrece protección

¹⁷ Mishima, Yukio, *La Marquesa de Sade*, 1989, México, UAM-X, p. 29.

¹⁸ Sade, *Los crímenes...*, p. 53.

EL IMPERIO DE LAS PASIONES

y cuidado. Sin embargo, el desenlace es trágico, pues descubre que Curval es su padre, que asesinó a su propio hermano y que gracias a su testimonio su madre fue ejecutada. Florville es un Edipo magnificado, quien termina suicidándose.

La Marquesa de Gange y *La historia de Isabel de Baviera* describen la impotencia de la virtud frente al crimen y al vicio. La segunda pretende reconstruir los crímenes cometidos por la esposa de Carlos VI, y aunque Sade argumenta que hizo su reconstrucción basado en documentos verídicos, no se han encontrados vestigios de ellos. Ficción o verdad, esta historia junto con la de *La Marquesa de Gange* relatan una serie de crímenes, felonías y traiciones que exaltan la candidez de las víctimas; el lector llega incluso a irritarse por el exceso de la tolerancia que muestran tanto la Marquesa ante la malicia de sus cuñados como los miembros de la corte de Carlos VI ante la perversidad de Isabel.

Eugenia de Franval realiza un sueño acariciado por Sade en muchas de sus obras. En esta historia el padre de Eugenia la sustrae desde su nacimiento de la educación de su madre y la educa de acuerdo a sus principios libertinos y viciosos. La niña se convierte en una auténtica libertina, pues deviene amante de su padre y no siente ninguna culpa por ello, pues él mismo le ha prevenido acerca de lo que representa el incesto dentro de la sociedad. Pero ella se muestra convencida de su conducta, no es sino hasta el final donde de frente a la muerte de su madre se arrepiente y también muere, siguiéndola el señor de Franval igualmente arrepentido.

Sin embargo, hay una diferencia entre los personajes trágicos de Sade y los de la tragedia observada por Aristóteles. A excepción hecha de Florville, quien cae en desgracia sin merecerlo o tener alternativa, las otras víctimas, las otras heroínas de la virtud, se sitúan en esa posición, aceptan el castigo a sabiendas y lo sufren estoicamente.

Las heroínas de la virtud se postran ante su verdugo al obedecer el imperativo moral de la virtud, entonces el libertino ejerce una primacía absoluta sobre esos seres incapaces de contrarrestar el castigo. No son masoquistas, pues no disfrutaban el dolor, son redentoras, purificadoras del mal que hay en la sociedad.

¿Es posible entonces tomar en serio lo que dice Sade de su obra y concebirlo como un moralista? La consideración de este planteamiento

Roberto García Jurado

merece su examen al menos en dos niveles: uno considerando su propia biografía y otro remitiéndose únicamente a su obra.

Si consideramos que Sade no sólo teorizó el sadismo sino que lo practicó apasionadamente durante toda su vida, al menos cuando tuvo oportunidad de hacerlo, podremos comenzar a sospechar de la autenticidad de ese moralismo. Esta sospecha no debe fundarse únicamente en la imposibilidad de separar vida y obra de un autor, sino también en considerar que la vida de Sade podría equipararse a la de cualquiera de sus libertinos ficticios, y pensar que así como él estuvo lejos de querer moralizar con su propia vida, tampoco el libertino de sus novelas pretendió hacerlo.

Si se considera sólo la obra podrá constatarse cómo efectivamente la reacción causada por Sade en el lector normal es de repulsión y reprobación. No obstante, consciente de la diversidad de sus lectores, el Marqués deseó brindar; a unos, elementos para descalificar total y absolutamente los excesos del libertinaje; a otros, un sistema filosófico que les eximiera de sus crímenes e inclinaciones; y a los menos, demostrarles la gran diversidad de los individuos, la heterogeneidad de la sociedad y la manera en que un hombre ingenioso, astuto, puede valerse de los demás para satisfacer sus apetitos, ambiciones o caprichos.

48

Muchos críticos y lectores del Marqués de Sade piensan que su obra poco tiene que ver con la historia de las letras; Blanchot, Klossowski y Bataille así lo consideran. Otros prefieren ubicarlo en la historia de la filosofía, la sociología, la psicología o aun de la teoría política. No comparto esas apreciaciones, pues considero que buena parte de ellas se deben a un examen parcial de su obra. Por lo tanto, una lectura de sus cuentos, fábulas, novelas y obras de teatro podrán reinsertarlo en el legítimo sitio que le corresponde dentro de la historia de la literatura francesa y universal, además de permitir una comprensión más amplia del sadismo original.